

zones históricas militan á favor de la tesis de Darmesteter. <sup>(1)</sup>

Por otra parte este erudito cree que ideas procedentes de fuera influyeron en la creencia de la colina del Paraíso, Allbordsch, y sus cuatro ríos. <sup>(2)</sup> Sucede tal vez lo mismo con la leyenda china del jardín y sus cuatro ríos, fuente de la inmortalidad, y acerca del árbol de la vida. <sup>(3)</sup> Además, Sophus Bugge ha pretendido que las leyendas del Norte no habían tomado su forma actual, sino fundiéndose con las miras cristianas. En vista de esta situación, nunca uno pues, será demasiado circunspecto en la aplicación de las leyendas paganas á las cosas religiosas.

Esperamos con la mayor calma el resultado de esta discusión y de otras semejantes; pues aunque cierto número de sentencias del paganismo análogas á las doctrinas de la Revelación procediesen de los judíos y aun de los cristianos, siempre tendríamos la ventaja de poder admitir que muchas otras tradiciones paganas hostiles á la Biblia, y el propio origen del Paganismo, son tal vez mucho más recientes de lo que se ha creído hasta ahora, y que toda la antigua civilización, con sus buenas y sus malas partes, no alcanzan á los tiempos remotos de que nos da la Sagrada Escritura testimonios históricos irrefutables.

Entretanto ninguna prisa hay de negar el valor de las antiguas leyendas del paganismo; pues aun cuando nos inclinamos á ver en la leyenda acerca del Paraíso, tal como la hemos referido, una especie de parentesco con el Antiguo Testamento, no quiere eso decir que sea de origen judío todo lo que contiene. El fondo parece más bien propio de los persas y especialmente de los arias; pues se encuentran también entre los indios recuerdos, aunque más pálidos, que evocan los mismos nombres y los mismos acontecimientos. <sup>(4)</sup> Sin embargo, es difícil admitir que los ju-

(1) *Contemporary Review*, dic. 1893.

(2) Max Müller, *Chips*, I, 152 y sig. *Essays*, I, 136 y sig.

(3) Stiefelwagen, *Theologie des Heidenthums*, 515.

(4) Lassen, *Ind. Alterthumskunde*, (2) I, 622 y sig. Spiegel, *Eran. Alterth.*, I, 439. Stiefelwagen, *loc. cit.*, 515 y sig.

díos hayan transmitido sus convicciones religiosas á todo el Oriente: si así fuese, debiéramos apreciar mucho más que lo hemos hecho hasta ahora la influencia de la revelación del Antiguo Testamento en la civilización antigua.

Otro hecho que debemos mencionar aquí es la veneración especial que todos los pueblos de Occidente tuvieron á los árboles. Como vemos en la vida de San Germán de Auxerre, de San Martín de Tours y de San Bonifacio, esa extraña costumbre estaba de tal modo unida al culto divino entre los celtas y germanos, que la destrucción de un árbol sagrado equivalía á la destrucción del propio paganismo. <sup>(1)</sup> Los lombardos debieron tener una tenacidad especial en el culto de los árboles, pues las leyes de Luitprando prohibían aún el culto supersticioso del árbol sagrado. <sup>(2)</sup> El mismo error había echado también hondas raíces en el corazón de los griegos y de los romanos; estos últimos hasta parece que creyeron hijos de los árboles á los primeros hombres. <sup>(3)</sup>

El estado actual de nuestros conocimientos, no nos permite decir si esto tiene ó no alguna relación con una primitiva tradición religiosa; siempre resultará que no es de desdeñar el acuerdo unánime de casi todos los pueblos de la antigüedad en este punto; y como ese culto de los árboles existió largo tiempo antes del Cristianismo, y en todas partes fué combatido por éste, evidentemente no se puede ver en él la influencia de las doctrinas de la Revelación.

No sería, pues, imposible que se descubriese en la curiosa idea del árbol-mundo Iggrdrasil, en que la mitología del Norte cree apoyado el universo, de tal suerte, que por él la tierra existe ó cae en la nada, <sup>(4)</sup> un recuerdo del árbol de la vida en el Paraíso. En todo caso, es curioso que Otfrid <sup>(5)</sup> y Wolfram de Eschenbach, en la *Guerra de*

(1) *Vita S. Barbatii*, I, 1, 2; II, 1, 2; (Boll. 19 Febr.), *Greg. Mag., Ep.*, 8, 18.

(2) *Leges Luitpr.*, 6, 30 (Muratori, *Rer. ital. scrip.*, I, II, 672).

(3) Virgil., *Aen.*, 8, 314 y sig., Juvenal, *Sat.*, 6, 11 y sig.

(4) *Gylfaginning*, 15, 51 (Simrock, *Edda*, 287. 323).

(5) Otfrid, 5, 1, 37 y sig. (Kelle).

*Wartburgo* <sup>(1)</sup> describan la Santa Cruz absolutamente lo mismo que los antiguos el árbol-mundo de Iggrdrasil: los dos pudieron, sin embargo, haber tomado en parte su descripción de la Sagrada Escritura y en parte de sus antepasados paganos. En todo caso no es una prueba de que la leyenda del árbol-mundo no pertenezca á la más alta antigüedad germánica, y de que sea únicamente de origen cristiano. Lo mismo sucede con Irmensul, que destruyó Carlomagno, y que nos explican como una representación del único apoyo del universo. <sup>(2)</sup> Podemos perfectamente admitir que, en vez de ser dada por el Cristianismo, esta explicación procede de los tiempos paganos más remotos.

Según la mitología pagana, tres fuentes brotan de este árbol-mundo. Una de ellas fué cantada especialmente en la leyenda; la fuente de Urd, <sup>(3)</sup> más conocida por el nombre de Jungbrunnen <sup>(4)</sup> ó Quikborn, <sup>(5)</sup> cura las enfermedades, da la belleza, rejuvenece y preserva de la muerte. <sup>(6)</sup>

Otra leyenda podría relacionarse con ésta, la de las manzanas de oro de Idun que toman su virtud curativa y rejuvenecedora en la fuente de la vida. <sup>(7)</sup> Si agregamos la tradición griega de que Júpiter había concedido en otro tiempo á los hombres una juventud eterna, pero que la perdieron por el crimen de Prometeo, <sup>(8)</sup> debemos á lo menos admitir que los pueblos jamás perdieron enteramente el recuerdo del relato de la Revelación concerniente á la vida primitiva en el Paraíso.

(1) *Wartburgkrieg*, 85 (Hagen, *Minnesinger*, III, 181 b).

(2) Rudolf et Meginhart, *Translatio S. Alexandri*, n. 4 (*Monum. German.*, II, 676, 17).

(3) *Gylfaginning*, 15, 16, 17.

(4) Haugdietrich und Wolfdietrich, 336 (*Zeitschrift für deutsches Alterthum*, IV; 440).

(5) *Parzifal*, 613, 9 (Bartsch, 9, 909).

(6) Grimm, *Mythologie* (4), 554. Simrock, *Mythologie* (2), 39, 507.

(7) Simrock, *Mythologie*, (2) 38, 462.

(8) Sófocles, *Frag.*, 711 (Ahrens). Nicander, *Theriaca*, 339 y sig. *Scholia in Nicandrum*, 339.

Hesiodo se hace sin duda intérprete de la humanidad antigua cuando canta que al principio hubo relaciones muy familiares entre los dioses y los hombres, pero que se perdieron: «En esta época, dice, todo era común entre los hombres y los dioses inmortales, no sólo la vivienda, sino el alimento». <sup>(1)</sup>

**7. Las leyendas de los campos Elíseos, de las Islas Afortunadas, del jardín de las Hespérides y de la Atlántida.**—Se ha mirado también como un resto de los antiguos recuerdos del Paraíso las leyendas de los Campos Elíseos, de las Islas Afortunadas, del jardín de las Hespérides, de los Hiperbóreos y de la Atlántida. Las reunimos todas, porque jamás los antiguos las separaron.

Homero habla ya de los Campos Elíseos; pero es de notar que en él los Elíseos no son la mansión de los muertos, como expresamente dice, sino de los que, por un especial favor de los dioses, fueron llevados vivos de la tierra; por esa razón no se encuentra aquella morada bajo tierra, sino que debe ser buscada en sus últimos límites. <sup>(2)</sup>

Este importante punto fué pasado en silencio por los demás autores. Ordinariamente Hesiodo y Platón están de acuerdo con Homero; difieren de él, sin embargo, en que ponen en el Elíseo, pero sólo después de la muerte, Hesiodo á los héroes y á los semi-dioses, y <sup>(3)</sup> Platón á todos los hombres piadosos. <sup>(4)</sup> En ellos se convirtió, pues, ya en el reino de la muerte, y por lo tanto, su concepto cambió completamente.

Por otra parte, vemos ya en Hesiodo las Islas Afortunadas reemplazar al Elíseo, que pronto borrarán ellas enteramente de la memoria de los antiguos; más tarde apenas si se ve aparecer el nombre de Elíseo cuando se trata del recuerdo del Paraíso terrestre; es un signo muy característico del constante retroceso de la humanidad, y una

(1) Hesiodo, *Fragm.*, 129, (Lehrs). Orig., *Contra Cels.*, 4, 70.

(2) Homero, *Od.*, IV, 562 y sig.

(3) Hesiodo, *Opera*, 166 y sig. (Lehrs).

(4) Platón, *Gorgias cap.*, 79, p. 523, b.

prueba de qué no sabe ya á qué atenerse con respecto á los campos de los bienaventurados; el nombre quedó, pero la significación desapareció completamente, y sería difícil encontrar un sólo pasaje que diese un concepto, por poco claro que fuese, del sentido que antes se le atribuía. Sólo Virgilio habla de los Campos Elíseos en términos inteligibles, pero en él también se han convertido en la mansión de los muertos. <sup>(1)</sup>

Más afortunados somos al examinar <sup>(2)</sup> la leyenda del Jardín de las Hespérides; pero no le pidamos exactitud geográfica, porque sería en vano; tan pronto se dice que está más allá del mar, <sup>(3)</sup> como en el extremo Norte, <sup>(4)</sup> ó en los últimos confines de la tierra; <sup>(5)</sup> ya se dice que son las islas Canarias, <sup>(6)</sup> ó ya las Casitérides, <sup>(7)</sup> es decir, Inglaterra; unas veces envuelve su situación un tejido tal de contradicciones geográficas, que es muy difícil encontrarla; <sup>(8)</sup> otras, en fin, se las relega al Nifiheim, haciendo notar que no deben buscarse las manzanas de oro de las Hespérides en Libia, como algunos creen, sino en el Atlas, en el país de los Hiperbóreos. <sup>(9)</sup>

Por desgracia, los Hiperbóreos son todavía más difíciles de encontrar que el jardín de las Hespérides, pues las opiniones relativas á ellos son mucho más numerosas. No debe, sin embargo, extraviarnos esta confusión cuando estudiamos lo que constituye el fondo de la leyenda; procede precisamente de que se ha buscado el Paraíso perdido en un sitio determinado de la tierra, como si aun existiese; pero el no habersele encontrado en ninguna parte está lejos de probar que jamás haya existido y de que no haya sido, por consiguiente, perdido nunca.

(1) Virgil., *Aen.*, 6, 638 y sig.

(2) Strabón, 3, 2, 13.

(3) Hesiodo, *Theog.*, 215 y sig.

(4) *Ibid.*, 275.

(5) *Ibid.*, 518.

(6) Filostrato, *Vita Apoll.*, 5, 3.

(7) Dionisio, *Perieg.*, 563. Eustathius, *Comment. in Dionys.*, 561.

(8) Apollodor., 2, 5, 11, 3 y sig.

(9) *Id.*, 2, 5, 11, 2, 13.

Pero en el fondo de la leyenda del jardín de las Hespérides y de las manzanas de oro, no hay ciertamente más que un recuerdo del Paraíso, si bien desfigurado como siempre. Con su fría manera de ver las cosas, Strabón, desechó pronto ese recuerdo, pues, en su opinión, Hércules, se dirigió á Occidente tan sólo porque esta región era rica en oro. <sup>(1)</sup> Por su parte Diodoro, basándose en la semejanza de las palabras griegas, dice que no son manzanas de oro lo que ejerció atracción en el héroe hasta el punto de hacerle afrontar los peligros del mar y los furiosos del dragón para apoderarse de ellas, sino ovejas de oro, es decir, ovejas de finísima lana, probablemente los primeros merinos. <sup>(2)</sup> Pero verdaderamente no se trata de eso, pues precisamente, según las leyendas que Diodoro nos comunica, las Hespérides tienen relación con Saturno, ya que son en los diversos textos hijos ó sobrinos de Atlas, y de éste se dice que era hermano de Saturno. Como su hermano ó padre, Hesperus, y sus descendientes, se distinguían ellos por la misma justicia, la misma benevolencia hacia los hombres, y la misma pureza de costumbres que se atribuye generalmente á Saturno; <sup>(3)</sup> por consiguiente, son todos representantes de la edad de oro.

Se podría, pues, perfectamente ver en las manzanas de oro del Jardín de las Hespérides un emblema de la edad de oro desaparecida; además no hay duda de que contienen un recuerdo bastante exacto del Paraíso perdido. Cuando, por ejemplo, decimos que un dragón custodiaba aquellas manzanas, no entendemos que estuviese echado como un perro de guarda á la entrada del jardín, ni se debe considerar como emblema de la mar furiosa, haciendo inaccesible la isla; sino que el dragón tenía relación estrecha con las manzanas de oro mismas. En Olimpia había entre las ofrendas, en el tesoro de los Epidamnios, una imagen de Hércules y el árbol de las Hespérides con el

(1) Strabón, 1, 1, 4, 5; 3, 2, 13.

(2) Diodor., 4, 26, 2, 3.

(3) *Id.*, 3, 60, 61; 4, 27.

tronco rodeado por una serpiente, <sup>(1)</sup> lo que concuerda bien con el hecho de que, según Apolonio, los Argonautas encuentran al pie del árbol la serpiente muerta por el héroe. <sup>(2)</sup> No extrañará, pues, que en toda esta leyenda veamos una indicación de la pérdida del Paraíso y de su recuperación por el matador de la serpiente.

Tal vez tenga relación también con esto el culto de la serpiente, que apenas se explicaría de otro modo. En todos los pueblos encontramos honores divinos tributados á la serpiente, <sup>(3)</sup> en la India, <sup>(4)</sup> en Babilonia, <sup>(5)</sup> en Egipto, <sup>(6)</sup> en Fenicia, <sup>(7)</sup> en Italia, <sup>(8)</sup> en Grecia, <sup>(9)</sup> entre los Slavos, <sup>(10)</sup> entre los Celtas <sup>(11)</sup> y en América. <sup>(12)</sup> No debe confundirse esta veneración con el siniestro culto de Satanás, que, como más tarde veremos, alcanzó su mayor auge entre los Ofitas; más bien fué la serpiente adorada como divinidad benéfica, présaga ya de felicidad, por lo que se le dió el nombre de Agathodemón. <sup>(13)</sup> Se consideraba como las divinidades más altas á las serpientes. <sup>(14)</sup> Floreció ese culto especialmente en Egipto, donde el dios Kneph era adorado en forma de serpiente, y donde se conserva aún el del dios serpiente Cheik Heridi. <sup>(15)</sup> Sabidas son las relaciones que había entre la serpiente y Esculapio en Epidauró <sup>(16)</sup> y en Roma, <sup>(17)</sup> lo mismo que entre la serpiente y Hermes.

(1) Pausanías, 6, 19, 8.

(2) Apollon., *Argonaut.*, 4, 1396 y sig.

(3) W. Hudson, *Fortnightly Review* (Abril 1894), *Revue des Revues*, IX, 131 y sig.

(4) Strabón, 15, 1, 28.

(5) Dan., XIV, 22 y sig. Diodor., 2, 9, 5.

(6) Herod., 2, 74. Aelian., *Hist. an.*, 11, 17.

(7) Philo Bybl., *Fragm.*, 9 (Müller, *Fragm. hist. Gr.*, III, 572). Euseb., *Præp. ev.*, 1, 10, p. 40, d.

(8) Aelian., *Hist. an.*, 11, 16.—(9) *Id.*, l. c., 11, 2.

(10) Beyerlinck, *Theatrum vitæ hum.*, VII, 421, h., 432, g., 455, h.

(11) Plin., 29, 12 (3), 1, 2.

(12) Peet, *The Serpent Symbol*, (1886).

(13) Philo Bibl., l. c.; Euseb., *Præp. ev.*, 1, 10, p. 40, c.—(14) *Ibid.*

(15) A. Sayce, *Contemporary Review* (Nov. 1893). *Revue des Revues*, VII, 830-833.

(16) Pausan., 2, 28, 1, 10, 3.

(17) Valerio Máximo, 1, 8, 2. Arnob., 7, 44.

Es también muy antigua la leyenda relativa á la felicidad de los Hiperbóreos: según Herodoto, la contaron ya Homero y Hesiodo, <sup>(1)</sup> no difiriendo casi de las que acabamos de examinar. Apolonio dice también que debe buscarse entre los Hiperbóreos el Jardín de las Hespérides; pero aquí debemos distinguir entre los Hiperbóreos reales, sean los Germanos, los Sármatas, los Irlandeses y aun los Americanos, de los Hiperbóreos de la leyenda. Las encantadoras descripciones que Hecateo, <sup>(2)</sup> Diodoro, <sup>(3)</sup> Teopompo, <sup>(4)</sup> Elieno, <sup>(5)</sup> Plinio, <sup>(6)</sup> Mela <sup>(7)</sup> y otros dan de su país y de sus costumbres, son para nosotros de importancia secundaria; no podemos tampoco examinar en todos sus detalles la curiosa relación, según la cual de ellos procede el culto de Apolo, <sup>(8)</sup> pues en esta leyenda, como dice muy bien Clemente de Alejandría, se trata de situaciones completamente ideales, cuya realización sólo puede buscarse en un mundo méjor, para nosotros inaccesible en la hora presente; <sup>(9)</sup> por eso dice Píndaro <sup>(10)</sup> que puede irse al país de los Hiperbóreos lo mismo por mar que por tierra, y por eso fué descrito su estado con caracteres de magnificencia imposible de conseguir. Esquilo da el nombre de hiporbórea á una felicidad de todo punto escepcional; <sup>(11)</sup> Celso clasifica á los Hiperbóreos, como á los Samotracios, los Eleusinos y los Odrisos, entre los pueblos más discretos. <sup>(12)</sup> Los discípulos de Pitágoras tenían á su maestro tanta veneración, por creer que había adquirido

(1) Herodot., 4, 32, 2.

(2) Hecataeus, *Fragm.*, 2 (Müller; *Fragm. hist. Gr.*, II, 386 y sig.).

(3) Diodor., 2, 47.

(4) Theopomp., *Fragm.*, 76 (Müller, *Fragm. hist. Gr.*, I, 289 y sig.).

(5) Aelian., *Var. hist.*, 3, 18; *Hist. an.*, 11, 1.

(6) Plinio, 4, 26 (12), 11, 12; 6, 20 (17), 2.

(7) Mela, 3, 5.

(8) Herodot., 4, 33, 35. Platón, *Aviochus*, p. 371, a. Pausanías, 1, 31, 2; 5, 7, 8; 10, 5, 7. Cicerón, *Nat. deor.*, 3, 23. Plutarco, *Musica*. Porfir., *Abstin.*, 2, 19.

(9) Clemente Alex., *Strom.*, 4, 26, 171.

(10) Píndaro, *Pyt.*, 10, 46 y sig.

(11) Æschyl., *Choeph.*, 373.

(12) Orig., *Contra Cels.*, 1, 16.

su sabiduría entre los Hiperbóreos. <sup>(1)</sup> Helánico refiere que estos pueblos eran muy justicieros, que no comían carne jamás, sino tan sólo frutas, <sup>(2)</sup> y que hacían vida de filósofos tal como los antiguos la comprendían. Se dijo de ellos que vivían mil años: <sup>(3)</sup> así se explica el que se creyese de esos Hiperbóreos que eran hombres de los tiempos primitivos, pues los antiguos están unánimes en afirmar el hecho de su longevidad. <sup>(4)</sup> Flavio Josefo <sup>(5)</sup> se refiere á que Manethon, <sup>(6)</sup> Beroso, <sup>(7)</sup> Histiaeo, <sup>(8)</sup> Jerónimo el Egipcio, <sup>(9)</sup> Hesiodo, <sup>(10)</sup> Hecateo, <sup>(11)</sup> Helánico, <sup>(12)</sup> Acurilao, <sup>(13)</sup> Eforo <sup>(14)</sup> y Nicolao, <sup>(15)</sup> concuerdan todos con la Biblia.

El fondo de la tradición relativa á la Atlántida es evidentemente algo semejante. Poco importan aquí las cuestiones geográficas y geológicas que suscitó; puede suceder que sea el descubrimiento de América por los fenicios lo que produjo la formación histórica de la leyenda; puede ser también que, en otro tiempo, nueve mil años antes de su época, según dice Platón, hubiese existido un continente situado al Oeste de Europa, y que desapareció más tarde completamente. <sup>(16)</sup> No trataremos siquiera de turbar en el sepulcro la paz del venerable Rudbeck, considerando como trabajo perdido la gigantesca erudición con que trata de probar que su Suecia es la verdadera Atlántida y la

(1) Dióg. Laert., 8, 1, 11. Porfir., *Vita Pythag.*, 28. Jamblich., *Vita Pythag.*, 6, 30; 19, 91; 38, 135.

(2) Hellanicus, *Fragm.*, 96 (Müller, *Fragm. hist. Gr.*, I, 58). Alex., *Strom.*, 1, 15, 72.

(3) Strabón, 15, 1, 57.

(4) Lactant., *Just.*, 2, 12. Agustín, *Civ. Dei*, 15, 9 y sig.

(5) Flavio Josef. *Antiq.*, 1, 3 (4), 9.

(6) Manetho, *Fragm.*, 1, Müller, 1 (*l. c.*, II, 527).

(7) Berosi, *Fragm.*, (Müller, *l. c.*, II, 498).

(8) Histiaei, *Fragm.*, 2 (Müller, *l. c.*, IV, 434).

(9) Müller, *Fragm. hist. Gr.*, II, 450, not. 2.

(10) Hesiod., *Opera*, 114 (?).

(11) Hecataeus, *Fragm.*, 365 (Müller, *l. c.*, I, 30).

(12) Hellanicus, *Fragm.*, 89 (Müller, *l. c.*, I, 57).

(13) Acusilaus, *Fragm.* (Müller, *l. c.*, I, 102).

(14) Ephorus, *Fragm.*, 24 (Müller, *l. c.*, I, 239).

(15) Nicol. Damasc., *Fragm.*, 97 (Müller, *l. c.*, III, 427).

(16) Platón, *Tim.*, p. 24, y sig., *Critias*, p. 108 y sig.

patria primitiva de la humanidad. Todo esto nada tiene que ver con el sentido propiamente dicho de la cuestión; nos basta creer que los antiguos <sup>(1)</sup> estaban persuadidos de la existencia de esa gran isla; pero si les preguntamos qué había en ella, entonces nos responden que sus habitantes son los guardianes del país de los bienaventurados, que los caracteres distintivos de estos habitantes son la piedad, el amor y la benevolencia. Los dioses nacieron allí. El primer rey de estos pueblos fué Urano, que inició á los hombres en la civilización y en la vida social, les enseñó las artes, la astronomía, y les hizo además otros muchos beneficios; <sup>(2)</sup> en una palabra, esta leyenda es la misma que la de las islas Hespérides, con la diferencia de que aquí Saturno es el autor de la vida, y lo es Urano entre los habitantes de la Atlántida, refiriéndose, por consiguiente, á una época más remota que la edad de oro.

Todas estas leyendas concuerdan en que conservaron el recuerdo de una primitiva época de felicidad; pero es de especial importancia que esas tradiciones se encuentran no sólo entre los griegos y los romanos, sino que se las puede considerar como propiedad de todo el antiguo mundo. Tampoco los alemanes, dice Grimm, olvidaron del todo el Paraíso perdido; puede perfectamente suceder que las numerosas leyendas concernientes á los ventisqueros, que en otro tiempo fueron espléndidos collados esmaltados de flores y sufrieron ese cambio por el orgullo de los hombres, sean testimonio de crímenes cometidos en época más moderna; prescindimos, pues, de ellas. En todo caso es claro que el Walhalla alemán corresponde al Elíseo griego; <sup>(3)</sup> se puede igualmente probar que hay leyendas semejantes entre los celtas, <sup>(4)</sup> y se podría citar también la de S. Brandan, y especialmente su viaje á las islas Afortunadas, que

(1) Posidonius, *Fragm.*, 68, 6 (Müller, *l. c.*, III, 281). Marcellus, *Fragm.*, 1, (Müller, *l. c.*, IV, 443). Plinio, 6, 36 (31), 3, 4.

(2) Diodor., 4, 56, 2, 3.

(3) Grimm, *Deutsche Mythologie*, (3) 778 y sig. (4.<sup>a</sup> edic. de Meyer, 682 y sig.

(4) Preller-Plew, *Griech. Myth.*, (4) I, 670 y sig.